VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Enero 23 de 1898	Núm. 30

Director y Redactor:

RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes	$ 0.50
Campaña y Exterior un mes . .	» 0.60
Número corriente	» 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:

Máximo Seré

Secretario de Redacción:

Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Marieta Machado

Fotografía de Chute y Brooks

SUMARIO

TEXTO: ZOLA, por *Cárlos Roxlo*—INVOCACIÓN, fragmentos de un poema inédito, por *Gaspar Nuñez de Arce*—LOS NACIMIENTOS, por *Nicolás Granada* (Conclusión)—MI PENSAMIENTO, poesia por la señorita *María H. Sabbia y Oribe*—QUIERO CASARME CON LA SEÑORITA DE...., por *Constantᵉ G. Fontan Illas*— CONFIDENCIAS, poesia por *Salvador Diaz Mirón*—UN EPISODIO DEL AÑO 11, por *Tacala*—VESTAL, poesia por *Juan Cárlos Menéndez*— LA HIPÉRBOLE DEL ARTE: NERÓN, estudio filosófico-histórico-literario por *Francisco Caraciolo Aratta* (Continuación)—ANIBAL: CANNA, ZAMA, sonetos inéditos por *José C. Mixco y L.*—RECUERDOS DE LA FIESTA, por *Eduardo López Labandera* —ELLA, poesia por *Luis Chiozza*—PARA VIDA MONTEVIDEANA, por *Juan Montalvo* (Continuación)—COMO NACIÓ UN POETA, por *Edmundo D'Amicis* (Conclusión).

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: señorita MARIETA MACHADO; fotografía de *Chute y Brooks*, grabado de *Emilio A. Coll y Compañia* de Buenos Aires.

ZOLA

Yo tengo la pasión de los crepúsculos vespertinos.

Lo mismo en el cielo, que en el espíritu, pláceme los fulgores del sol que se vá, de la luz que se apaga, de la sombra que nace.

El medio dia, la ebullición de las hojas doradas en los árboles verdes, la ebullición de la sustancia gris en el fondo del cráneo, no me apasiona tanto como las melancolias grises del ocaso y las melancolias grises del génio que decae.

Hay que esperar á que lleguen esas puestas de sol para poder decir si el dia ha sido hermoso y si el talento ha sido fecundo. La sombra engrandece; la sombra presta á todo una majestad solemne y desconocida; la sombra tiene un ala que se llâma justicia y otra ala que se llama misericordia; en la sombra hay algo de glorificación, porque permite medir por entero el esfuerzo realizado por la luz solar y por el fuego creador del artista.

Por eso, hoy que empiezan á atenuarse los gritos de triunfo, y hoy que las multitudes empiezan á apartarse del coloso de hierro, me parece que ha llegado la hora de hablar de Zola, pero no del Zola secretario y jefe de grupo, sinó del filósofo y del estilista que ha dado vida á una literatura.

Desde el principio de su carrera literaria, Zola se hizo adepto de una escuela biológica muy en boga hoy, escuela que responde por entero al materialismo, de Moleoschol, y Buchner, que es como la médula de los huesos de este fin de centuria. Esa escuela biológica dice que la Naturaleza, la gran madrasta, sacrifica por entero el individuo á la especie, la parte al todo, la molécula al núcleo, la abeja al colmenar.

En todas las obras de Zola se advierte lo mismo: las personalidades se pierden en la masa; el coro ocupa toda la escena; el héroe casi siempre es la multitud; lo excepcional no existe, y el escritor nunca se manifiesta tan potente y tan grande como cuando se mezcla á los obreros de «Germinal», y se mezcla á los peregrinos de «Lourdes», y se mezcla á los soldados de «La Débacle».

La escuela biológica de que hablamos es una escuela triste: es la escuela del dolor y la desesperanza: es antiprovidencialista y es ciega como las fuerzas de que lo hace depender todo, la gigantez del astro y lo invisible del infusorio.

Según esa espantable biologia, el hombre, como el insecto y como la flor, nace sin otro fin que perpetuar su especie, continuando asi la obra de la creación, que engendra á ciegas, indiferente, por el mero placer de engendrar, por odio á la inercia y por odio al vacio. No hay más que un bien, la muerte; no hay más que un consolador, el sueño; la vida es la excepción y por eso la vida es un mal.

Desde *La joie de vivre* hasta *Pot Bouille*, desde *Teresa Raquin* hasta *L'asommoir*, prueban la influencia que esa biologia ha ejercido sobre el espíritu y sobre el cerebro de Zola, explicàndose asi la importancia dada por el novelista á todas las miserias de los sentidos, á todos los estremecimientos de la carne, á todas las bajezas de la lujúria.

Dios no aparece en ninguna de las pàginas de sus obras, como no aparece Dios en ninguna de las tendencias de la biologia que le ha hecho suyo. Mal podría aparecer, dada la manera como Zola considera á la especie y al individuo. Dentro de esa biologia, Dios seria un malhechor, un mónstruo, desde que crea para el dolor y hace de la muerte la gran consolatriz.

Anulado lo providencial, la personalidad, con la amplitud que le han dado las escuelas espiritualistas, queda anulada Solo por excepción es digna de estudio. Lo que hay que estudiar es la masa, el núcleo, la especie, que es lo que perdura, lo que sobrevive, lo que se impone.

Toda la obra de Zola está en eso, en lo que antec de. Si la obra es mala, es la obra de su tiempo, es la obra de las teorias filosóficas predominantes. Las habrá abultado con su visión de artista, pero hasta su estilo es un reflejo de la esencia de aquellas doctrinas desesperadas y tristes de aprender.

Zola, el Zola verdadero, hay que buscarlo en el final de *Nana*, en el pueblo que recorre las calles, ébrio de odio y lanzando estridentes gritos de guerra; hay que buscarlo en *La Débacle*, en los cuerpos vencidos antes de luchar, arrojando sus armas sobre el polvo de los caminos y acechando la llegada de los convoyes.

El escritor ha respondido á su tiempo: la democracia por una parte y la filosofia por otra, nivelando todo y suprimiendo á la providencia, han destruido al héroe en favor de la masa. Zola lo ha hecho tambien: su obra es buena, porque es la misma obra de su siglo.

CÁRLOS ROXLO.

Montevideo, Enero de 1898.

EVOCACION

(FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO)

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y fragoso de la sierra—Es la caida de la tarde.

EL VIAJERO

Va la noche avanzando y la infinita
tristeza de esta soledad adusta,
como sueño maléfico gravita
sobre todo mi sér. Hasta el más quedo
murmullo de los árboles me asusta
y oigo, al pasar, la voz con que me nombra
entre las ruinas escondido, el miedo
que es hijo del silencio y de la sombra.

Sólo contemplo en torno las señales
del furor de los hombres. La pilastra
volcada entre los récios matorrales
por donde, llena de pavor, se arrastra
rápida y undulosa la culebra;
el siniestro perfil del muro hendido
cuya negrura impenetrable quiebra
de trecho en trecho, la argentada luna
con sus pálidos rayos; el graznido
de agorera corneja que en alguna
desquiciada cornisa tiene el nido,
sola como el pesar; la cruz de piedra
por cuyos brazos trepa y se entrelaza
con mortífero amor lasciva hiedra,
y cual recuerdo de extinguida raza,
allá en el fondo, en su marmóreo lecho
la escultura de noble castellano,
con su heráldico escudo sobre el pecho,
y en la espada feudal puesta la mano,
todo en desórden trágico se ostenta
causando horror, como padrón de afrenta
á la barbarie del linaje humano.

. . . .

¡Oh monjes, que en la celda solitaria
en tan ágrios lugares escondida,
rompisteis con el don de la plegaria
todas las servidumbres de la vida,
menos la del dolor, y que sin ruido
en ignorada sepultura, abierta
por vuestras manos en el santo ejido,
dormis en el regazo del olvido
el sueño de que nunca se despierta!
¿A qué asomais la descarnada frente?
No escuchareis como en aquellos dias
llenos de vuestro espiritu creyente,
los sacros himnos del salterio de oro
que estallando en solemnes melodias,
desbordaban vibrantes desde el coro.
Ni vereis ya por el espacio inmenso
de la atrevida y portentosa nave,
ascender la oración serena y suave,
vestida con su túnica de incienso.
El cláustro en que vivisteis olvida los,
como la flor silvestre que en la grieta
del nativo peñón su aroma exhala;
la campana que aún antes de la aurora
turbaba la quietud de este desierto,
con esa voz en que se queja y ora
la humanidad que vive y la que ha muerto;
el ara excelsa donde tantas veces
en vuestras lentas horas de amargura,
cual náufrago bajel que busca el puerto,
los sollozos mezclados con las preces
alzábais á región más santa y pura;
hasta la clara fuente que en el huerto
os brindaban las ondas cristalinas,
¿en dónde están? Con ímpetu y fracaso,
como una inundación, de las vecinas
cumbres bajó la turbulencia humana,
y el sol que iluminó desde el ocaso
vuestro tranquilo hogar, á la mañana
alumbró sólo calcinadas ruinas.
¡Ya es más firme y segura vuestra fosa
cubierta de orzales! Para ejemplo
de la futura edad, la fé grandiosa
que alzó tanta basilica asombrosa,
desplomándose va como ese templo.
Aquel árbol de espléndido follaje
que dilataba en tiempos más felices
por encima del mundo su ramaje
y en todas las conciencias sus raices,
so cuyo pabellón; siempre frondoso,
la estirpe humana, en su espiral viaje,
hallaba, sin cesar, sombra y reposo,
del huracán, azote de la selva,
aún sin romperse el ímpetu resiste;
más ¡cuán herido, y deshojado, y triste
hasta que Dios á renovarle vuelva!

Hundid, hundid ¡oh monjes! en la tumba
la amarillenta faz. ¿Podeis acaso
restaurar nuestra fé que se derrumba?
¿Lograreis que rena ca á vuestro paso?
¡Hacedlo si podeis! Calmad la ardiente,
la inextinguible sed que nos devora,
aún cuando mane de la oculta fuente
el agua cenagosa y corrompida,
y sepa, al fin, el hombre que lo ignora
el tremendo misterio de la vida.
¿Dónde el término está de la jornada?
¿Será verdad que el hombre sólo sea
una misera béstia alucinada
por los vanos engendros de su idea?
La fé que manda, la razón que crea,
la voluntad que mueve, las pasiones
rebeldes, los anhelos infinitos
á otra mansión de perdurable calma,
los simbólicos dogmas y los ritos
en cuyas inefables oraciones,
como un perfume se evapora el alma,
¿son la burla brutal y el sueño insano
á que perpétuamente nos condena
un caprichoso azar ó un Dios tirano?
Y no sólo la tierra ingrata y dura,
sino todos los orbes que encadena
con su atracción la inmensidad obscura,
¿lugares ¡ay! de irredimible pena?
¿Y en el mundo, en la mente y en la altura,
todo para el mortal será mentira,
menos la perdurable desventura?
La creación que en el espacio gira
y con cadencia rítmica eslabona
astros que el hombre á penetrar no alcanza,
¿no es más ¡oh espanto! que la eterna lira
en que la vida universal entona,
triste canto á un dolor sin esperanza?
Envueltos en el ciego torbellino
de la cósmica masa que nos crea
y nos absorbe, indiferente y fría,
¿cuál es, si lo sabeis, nuestro destino?
Y en tan contínua y trágica pelea,
¿qué somos? ¿dónde vamos? ¿quién nos guia?

¡No respondéis! Atónitas y mudas
fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo
sin disipar las tenebrosas dudas
que en horas de amarguísimo desvelo
cubren las almas de mortal congoja,
cual tropel desmandado y asesino
que á traición nos asalta en el camino
y hasta de la esperanza nos despoja.
¡Callais!... ¡No importa que calleis! Si á veces
la duda con sus densas lobregueses
nuestro abatido espíritu cautiva,
pronto del yugo le redime y salva
la fé que surje luminosa y viva,
como del seno de la noche el alba.
Más no la fé, que, semejante al ave
entre dorados hierros prisionera,
entumecida y tímida, no sabe
ni el vuelo inútil ensayar siquiera;
no la medrosa fé que cuando escucha
la voz del trueno, sin vigor se postra,
sino la fé que el huracán arrostra,
sonda el abismo y con los mónstruos lucha.
¡La fé en la humanidad, á quién Dios guía,
siempre á la cumbre, siempre hácia adelante
y siempre en busca de la luz!
No es cierto
que una Divinidad, ciega, sombria,
irónica y cruel rija el concierto
harmónico del mundo. Aunque distante,
boga la nave hácia el celeste puerto,
combatida, es verdad, pero no errante.
Cuando el hombre en la selva enmarañada
de su primera edad, despertó preso,
al volver por doquiera la mirada,
debió sentir sobre su frente el peso
de la Naturaleza desbordada.
Si desde el àrbol en que estaba oculto,
con su conciencia aletargada á solas,
en medio del fragor y del tumulto,
de tempestades, cataratas y olas,
miró, al través de la espesura, informe
y como el cáos revuelta, al pié del tronco
la béstia hirsuta y el reptil enorme;
si creyó percibir su grito bronco
hasta en el son monótono y confuso
de la selva agitada por la racha,
de seguro tembló, más se repuso,
y Adán caido ó transformada fiera,
(¿quién su orígen conoce?) inventó el hacha
derribó el árbol, encendió la hoguera,
arrancó al bosque sazonados frutos,
hizo la choza, desgarró el misterio,
mató los mónstruos y domó los brutos
tras prolongada y formidable guerra,
erigió la ciudad, fundó su imperio,
surcó la mar y dominó la tierra.

Cuando por fin la indócil y salvaje
Naturaleza, á su valor rendida,
templó su fúria y le prestó homenaje,
el hombre en la pujanza de la vida,
cada vez más resuelto, más potente
y más ancioso de extender sus huellas,
clavó en el cielo la pupila ardiente
y el rumbo sorprendió de las estrellas.
¿Quién contuvo sus ímpetus? ¿Qué valla
se resistió á su empuje soberano?
¿En qué indeciso campo de batalla
no logró la victoria por su mano?
Incansable y tenaz en su tarea,
siempre conquistador y siempre activo,
dió vida y forma á su impalpable verbo
que volaba incorpóreo y fujitivo,
alas resplandecientes á su idea,
ánimo al triste, libertad al siervo.
Y sin tener un punto de desmayo,
arrebató, creciendo en osadía,
á las entrañas de la nube el rayo
Y el cetro á la infecunda tiranía.

Larga es la senda recorrida y larga
la penosa labor á que se entrega.
¿Qué importa qué el eterno peregrino
á quien el polvo de las ruinas ciega,
dejando á trechos su pesada carga
se siente en el ribazo del camino?
¿Es ¡ay! extraño que vacile y dude,
cuando sus miembros la fatiga embarga,
y mientras, lleno de zozobra, enjuga
el sudor de su frente en donde deja
cada jornada el surco de una arruga
y una punzante espina cada queja?
Pero luego de súbito sacude
la momentánea postración y marcha
con redoblado afán. No le detiene
ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,
ni el riesgo, ni la herida. Intima y sorda
oye una voz que de los cielos viene
y sin cesar le dice:—*¡Sursum corda!*

¡Sursum corda! ¡Elevad los corazones,
hijos nacidos de mujer! La senda
es escabrosa, pero no infinita.
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda
el furor de los récios aquilones,
cuando sintais la voluntad marchita,
alzad el alma á Dios. Su seno abierto
para todos está, como la tienda
que el árabe levanta en el desierto.
¡Alzad el alma á Dios tres veces santo,
que sin fijarse ni en condición ni en raza,
con su cerúleo y estrellado manto
á todos nos cobija y nos abraza.
Él los humanos derroteros traza,
y cuando con la vida transitoria
nuestra angustiosa incertidumbre cesa,
para elevarnos á mejor estado
y ceñirnos el lauro de su gloria,
en su justa balanza sólo pesa
lo que hemos padecido y trabajado.
¡Nadie en estéril ocio se consuma!
Para que fructifique la simiente,
abramos con la reja y con la pluma
los surcos de la tierra y de la mente,
pues cuando á la labor que nos señala
hora por hora el cielo, damos cima,
subimos un peldaño de la escala
que á la ciudad de Dios nos apróxima,
y si del pedernal que es infecundo
saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos
con esfuerzos constantes y supremos
la prometida redención del mundo?
Todo trabajo es oración. Oremos!

No faltarán á tan activas preces
templo ni altar. Las sordas tempestades
asolarán quizás como otras veces,
campos y monumentos y ciudades,
podrán caer las religiones todas
del tiempo en la rugiente catarata
y los cláustros, mezquitas y pagodas
hundirse, como esquife que arrebata
deshecho temporal hácia el abismo.
Pero aun cuando el tremendo cataclismo
la superficie del planeta arrase,
entregado á sus iras sin defensa,
no hará temblar la inconmovible base
de la admirable catedral inmensa,
como el espacio transparente y clara,
que tiene por sostén el hondo anhelo
de las conciencias, la piedad que ara
y por nave la bóveda del cielo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Madrid, Diciembre de 1897.

LOS NACIMIENTOS

(Conclusión)

La vaca y el burro, eran productos de jugueteria vulgar de la misma procedencia de las muñecas de Neremberg, toscamente talladas en pino blanco, y de un tamaño que acusaba poco progreso en sus respectivas razas en la tierra clásica del drama de la pasión en los tiempos de Herodes y Pilatos.

La gracia del nacimiento consistia en las montañas, el papel encerado, salpicado de papelitos plateados, en el alpiste brotado que cubria todas las hondonadas del paisaje, y en las cáscaras de huevos de toda clase de pájaros, que ya en el suelo, ya en festones aéreos, adornaban aquel cuadro de las más deschavetadas è inocentes extravagancias.

Personaje infaltable al nacimiento era una negra sacando pan ó tortas de un horno.

Esto era un simbolismo que enternecia hasta las lágrimas á Mama Sebastiana.

Se veia ella en el ejercicio majestuoso de sus funciones, asistiendo al misterio del nacimiento de Jesús.

Por allá, por el rincón de la pared, en una alta vereda practicada sobre estacas enclavadas en el muro, andamiadas luego con tablitasde cajones de agua de colonia *de frasco largo* y recubiertas de papel picado, bajaban los reyes magos, guiados por una descomunal estrella de papel dorado que parecia una pandorga.

Primitivamente, los reyes habian sido tres soldados de dragones, sobre sus caballitos con ruedas, tallados toscamente en madera según el tipo de las jugueteria de la época.

Al rey Baltasar se le habia pasado una mano de tinta por la cara, á Melchor se le habia dado una friega de yema de huevo para acentuar más su representación de la raza amarilla; en cuanto á Gaspar, se le habian cosido al turbante unas guedejas de pelo de choclo, para darle mayor carácter á su tipo de blanco ultra-sajón.

El uniforme militar primitivo, iba además cubierto por anchas capas de raso galoneado, y guiaban á los lujosos palafrenes, pequeños soldaditos de plomo con la carabina á la espalda.

Por supuesto que el rey Baltasar, como la carabela «Pinta», venia adelante.

Yo contribui á este nacimiento con la casa de Pilatos.

Confieso que, por aquel entónces, mis conocimientos históricos eran de la misma fuerza del clásico caldo de hospital.

Asi y todo, no tenia gran simpatía por Pilatos cuyo simbolismo de lavarse las manos para hacer una porqueria, no me lo presentaba ni siquiera oportuno en materia de pantomimas judiciales.

Sin embargo, Mama Sebastiana tenia un capricho por la casa de Pilatos, y hubo que cumplir su deseo, diplomáticamente estimulada mi acción por un plato de mazamorra y media docena de pasteles.

Ella misma me llevó de lo «del amito Iturriaga » una espléndida caja de cartón que

deberia servir de material para el frontispicio de la casa del procónsul.

Mucho pensé antes de tirar las primeras líneas de la fachada de aquella casa, que debería ser admirada sobre un prado de alpiste brotado, y coronada por una sarta de cáscaras de huevos de tero, de urraca, de perdiz y de chimango.

Paseando por la calle de la Victoria [mi barrio] tuve la revelación de la morada del pillo del andalúz, aquél al servicio de los césares romanos.

Se habia concluído en esos días un hermoso edificio, que era la admiración de la ciudad y sus alrededores; *urbi et orbe*.

Jamás la audacia alarifeña habia subido á tan altos puntos entre nosotros.

¡Era una casa de tres pisos!

Todo el mundo al pasar decia; ¡Qué hermoso palacio!

No habia nada para mi que conviniera á las pompas santuarias de Pilatos, como aquel monumento.

Fijé bien sus líneas en mi imaginación, y me encerré en mi cuarto, con mi caja de cartón, mis compases, mis reglas y mis lápices, y un büen tarro de pintura rosada, que, con yeso y almazarrón comprados en lo de don Juan Agustin García, confeccioné á la clara de huevo, como para pintar barriletes.

Lo que yo trabajé nadie lo sabe.

Mi madre me mandó echar la puerta abajo para que fuera á comer.

Pretexté un fuerte resfrío.

Durante la comida y aprovechando la ausencia de mi madre de sus habitaciones, me introduje en ellas y le robé un pañuelo de manos con puntillas. Necesitaba aquel objeto para un detalle de efecto.

A la noche estaba terminada la casa de Pilatos.

La envolví cuidadosamente, después de probar ciertos efectos de luz con un cabo de vela colocado dentro, como en el célebre duomo de Milán de yeso, y me fui triunfalmente con mi *chef-d'œuvre* á lo de mamá Sebastiana.

Mi entrada allí fué una entrada triunfal.

Jamás artista alguno ha sentido mayores emociones, ni procedido con mayores cuidados y minucias al exhibir su obra.

La pieza estaba llena de morenos, sirvientas, muchachas.

Se ordenó que saliera todo bicho viviente al pátio mientras se erigia el monumento.

Exigí quedar solo para esta obra.

Cuando todo estuvo en su sitio, los cabos de vela encendidos y Pilatos [que era un muñequito de porcelana vestido de capa pluvial] en el balcón de honor, todo el mundo entró.

Los benévolos éxitos dramáticos con que de grandecito me ha obsequiado más de una vez el bondadoso público, no han llegado á conmover tan hondamente mi corazón, como cuando toda aquella muchedumbre entró de golpe y con un solo grito exclamó:

¡La casa de Halbach!

¡Estaba hablando!

Lo único que disonaba un poco eran Pilatos, el alpiste y los huevos; pero, por lo demás, no se podia pedir mayor fidelidad.

Hasta el pañuelo de mi madre convertido en cortinajes interior de las ventanas, la daban el aspecto intimamente familiar de aquel confortable hogar, primera manifestación, tal vez, de vida moderna civilizada con que el respetable D. Francisco enriquecía las modernas costumbres argentinas.

La casa de Pilatos pereció en un incendio transmitido por los cabos de vela á los suntuosos cortinados. Lo único que se salvó fué Pilatos por ser de porcelana.

Luego han ido desapareciendo también los nacimientos, extirpándose sus fieles, evaporándose la fé dulce y sencilla con que ibamos á llenar el alma de cándidas y tranquilas sensaciones, ante esas raras, abigarradas, promiscuas aglomeraciones de símbolos y objetos, ligados, no obstante entre si por no sé qué hilo misterioso de santa poesia, con que festejaba nuestro espiritu rosadas esperanzas, en el aniversario de la venida al mundo de su inmortal salvador.

NICOLÁS GRANADA.

Montevideo, Enero de 1898.

VESTAL

Cómo, en paganos templos, las pálidas Vestales
perennes mantenian los fuegos ofrendales,
preseas á una Diosa, sublimes en pudor;—
así tú dentro mi alma, con tu candor inmenso,
el fuego que encendiste mantienes siempre intenso,
el fuego inmaculado divino del amor.

Es templo el pecho mio y amor el Dios que imploro
y tú sacra virgen de cabellera de oro,
que de pureza viste el nítido cendal:
es templo el alma mia, la Diosa tú que adoro
al par que eres la virgen de mágico tesoro,
que en mi santuario oficia como única Vestal.

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

San José de Mayo, Enero 21 de 1898

QUIERO CASARME

con la señorita de.....

GUERRA AL SOLTERISMO

Es la actualidad, una época propicia para que nuestra juventud se decida á elegir y pedir la mano de la señorita que reuna condiciones de reconocida garantia, para asegurar un porvenir más risueño que el que ofrece la situación presente á todos los que viven en el celibato, y particularmente á los que carecen de actitudes y tienen la costumbre de emplear su tiempo en suavizar aceras y contar estrellas.

Una enérgica y firme resolución basta para que todas las dificultades puedan ser vencidas con satisfacción de ambas partes, como lo prueba el caso que vamos á referir.

El jóven..... estaba enamorado de una señorita hermosa, hija única de padres ricos; pero siendo él pobre, no tenia esperanza de ser admitido su ofrecimiento. En esta aflicción consultó á un abogado, amigo suyo, el cuál le dijo: «Tú no tienes caudal, ni esperanza de adquirirle; dime pues, ¿te dejarías cortar la nariz por veinte mil pesos...?»

«¿Qué dices? replicó el jóven,—no permitiria tal cosa por todo el mundo! »

« Muy bien,—añadió el abogado. — Yo tengo mis razones para hacerte esa pregunta. »

Al dia siguiente fuè el abogado á casa del padre de la jóven para pedirsela de parte de su amigo, y sabiendo que el viejo amaba mucho el dinero, le habló así: «El jóven de cuya parte vengo á pedir á usted su hija, no tiene actualmente dinero contante, pero posée una joya, con propiedad absoluta y que no puede perder, por la cual yo mismo le he ofrecido veinte mil pesos y los ha rehusado.»—Esta aseguranza indujo al padre á consentir en el casamiento, el cuál fué efectuado con gran placer de los dos jóvenes, pero cuando el viejo supo después la naturaleza de la joya que poseia su yerno, se tiraba de las narices á cada momento, renegando de una tal especie de alhajas.

Como que ya demostrado, para casarse solo se necesita resolución. Basta decir: *Quiero casarme con la señorita de....* y poner á un abogado en juego, para que el usurero consienta que su hija se una al que la solicita.

Y es urgente que los célibes se preocupen de cuestión social tan importante, que siempre será más honroso que la actitud de los Congresos feministas que actualmente tienen lugar en Norte América, declarando guerra á muerte á todos los solteros en edad de casarse, por considerar un peligro social el estado de celibato.

En el Congreso de señoras en Chicago, que acaba de tener lugar, fué calurosamente aplaudida la moción siguiente:

«En vista del abandono que los legisladores hacen de la existencia de los séres célibes, acordamos proponer, para que sea sancionado con fuerza de ley: »

«Artículo 1.°—Serán obligados á casarse todos los hombres que cumplan veintidos años, siempre que puedan atender las obligaciones del hogar, y los que á esa edad no se hallan en esas condiciones, serán obligados á servir á la pátria como soldados durante cuatro años, después de los cuales se les asignará un empleo para que pueda subvenir à los gastos del matrimonio, y si no se hubiese observado buena conducta, se le repetirá la dósis. »

«Se trata de los célibes sin profesión ni oficio. »

«Art. 2.°—A las mujeres que á los veintidos años no consiguieron casarse, se les obligará á buscar novio y si no tuviesen familia, el Estado se encargará de sostener la prole de las célibes.»

«Art. 3.° — Las mujeres de desahogada posición, constituirán un Montepio Universal, cotizando cada una, obligatoriamente, un franco semanal desde los diez años y las

industriales ó artistas depositarán un franco cida mes desde los doce años.»

« Art. 4º. — Estos fondos servirán para sostener los matrimonios, cuyos maridos queden cesantes, ó que á pesar de poder sostener á las mujeres no tuviesen recursos para casarse. »

El tema es importante y nos ocuparemos de él en otra oportunidad.

CONSTANTE G. FONTÁN ILLAS.

Montevideo, Enero 22 de 1938.

CONFIDENCIAS

(INÉDITA)

Una flor por el suelo,
Un cielo de hojas empapado en lloro,
Y encima de ese cielo el otro cielo
Lleno de luna y de brillantes de oro...
Un rayo que el aura acariciaba,
Un banco....sobre el banco,
Asi como quien flota, se sentaba;
Y vestida de blanco,
Bella como un arcángel me esperaba!
Aún flotan en mis noches de desvelo
Con la luz de una luna como aquella,
El verde y el azul de cielo y cielo
Y aura y arroyo y flor y banco y ella!
¿No te acuerdas, mujer, cuantos delirios
Yo me forjaba, junto á ti de hinojos,
Al resplandor de los celestes cirios,
Al resplandor de tus celestes ojos?
¿Te acuerdas alma mia?
Entónces inocente
Me jurabas amor y yo podia
Besar tu corazon sobre tu frente!
Ayer unos tras otros
Mis delirios así pude fingirme
Hoy no puede haber nada entre nosotros,
Hoy tú vas á casarte y yo à morirme!
Y tánto sol y porvenir dorado,
Tánto cieló soñado,
En una inmensa noche se derrumba!
Hoy me dijiste tù: no hay esperanza;
Hoy te digo: en paz goza,— y en mi tumba
Mañana me dirás: en paz descanza!

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

Bogotá, Diciembre 11 de 1897.

UN EPISODIO DEL AÑO 11

La guerra de nuestra Independencia se habia iniciado con todo el ardor que produce el entusiasmo de quien lucha por adquirir su libertad.

Las tropas realistas, al mando del valiente coronel Gayon, encontrábanse atrincheradas en el pueblo de San José, que entónces componiase de un grupo de casas y ranchos en torno del templo que aun subsiste aunque, como es sabido, más ámplio y hermoso.

Contiguo á éste, hallábase el Cabildo; ámbos ocupados por los españoles, quienes se habian posesionado además de las azoteas de las casas adyacentes, para poder resistir mejor el asalto que para ese dia (25 de Abril) iban á llevar á cabo las fuerzas patriotas mandadas por el heróico Benavidez, que desde el dia anterior sitiaba la villa, habiendo intimado su rendición, á lo que contestaron los sitiados con una enérgica nota, en la que rechazaban las proposiciones del caudillo, comunicándole al mismo tiempo la consigna de *morir por el rey*.

El coronel Gayon habia recibido un pequeño refuerzo que condujo de Montevideo el preboste Acevedo y Salazar, como tambien una buena cantidad de munición; con cuyo contingente creyó poder resistir cualquier ataque. Cuando la aurora teñia de rosa el horizonte, ya estaban los patriotas en condición de dar una carga,—cuyo violento empuje habia de causar terror más tarde, en las huestes de Fernando,— y aprestados á la lucha.

Entre aquellos bravos, formaba don Isidoro Almirón, vecino de la villa sitiada, quien, inmediatamente de tener conocimiento del ataque que se preparaba, fuese á engrosar las filas de aquellos valerosos centauros, que su vigoroso é irresistible empuje, hubiera provocado la envidia de los antiguos atenienses ó espartanos.

Las fuerzas realistas compuestas en su mayor parte de voluntarios, contestaron al rudo ataque con nutridas descargas de fusileria y artilleria, que abrian grandes claros en las filas patriotas, que con más brio y mayor tezón volvian á la carga con pujanza violentisima, pisoteando con los cascos de sus corceles cuanto sus invencibles lanzas derribaban.

Tal era el entusiasmo que reinaba entre aquellos valientes, que don Isidoro Almirón, á quien ya nombramos, tuvo el valor osado y heroico de internarse, al dar la segunda carga, entre las filas enemigas, que, atacadas por su tajante sable, retrocedian ante aquel solo hombre que con su brazo hercúleo iba dejando fuera de combate á cuantos atacaba, hasta que una herida recibida en el vientre le hizo retroceder hasta donde estaban los suyos, y aquel nuevo Agamemnon, se retira del combate, pero no como el héroe griego en el sitio de Troya para restablecerse de su herida, sinó, para que, una vez vueltos á su sitio los intestinos, que amenazaban querer salirse, y vendado el vientre con un pañuelo, volver con más ardor á la lucha, donde sus compañeros con otras dos cargas más impetuosas aún que las primeras, acababan de tomar la villa y á las fuerzas españolas, incluso su gefe prisionero.

Pero ¡ay! en aquella memorable batalla, cayeron muchos valientes; (entre ellos don Manuel Artigas, primo hermano del fundador de nuestra nacionalidad), --pero cuya sangre generosamente vertidá, por la libertad de un pueblo que merece ser independiente, fructificó en 1825.

TWALA.

Montevideo, Enero 22 de 1897.

MI PENSAMIENTO

Aún era niña, estónces el pensamiento
Vagaba sin cesar por los espacios,
Juegos, estudios, flores y palacios
Todo en gran confusión y movimiento.
Ya en el aire formaba un gran castillo
Lleno de dulces, pájaros, confites,
Con muñecas sin par, grandes convites
Y de flores sembrado el jardincillo.
Otras veces pensaba en mis lecciones,
En estudios, exámenes, comedias;
Pero jamás pensaba en las tragedias
Que hay en la vida por dos mil razones.
Hasta que un libro recibi yo un dia
Que abrió otro nuevo campo á mis ensueños,
Pensamientos más dulces y halagüeños
Llegaron á invadir la mente mia.
Más era niña y pronto di al olvido
Mis dulces ilusiones de un momento,
Como ramo que esparce y lleva el viento,
Quizás para tornar aún más florido.
Pasó algún tiempo, el libro abro de nuevo,
Despiertan mis dormidas ilusiones
Alzándose cual mágicas visiones,
Que, en mi embeleso, penetrar no atrevo.
Quedé extasiada ante tan dulce ensueño!
Qué inmensa dicha vislumbrar me hacia!
Más... pronto comprendí que no existia
Felicidad completa... ni en un sueño.
Y entónces, delirante, al ser divino
Volví mis ojos y miré el cielo,
Interrogando luego con anhelo
¿Cuál será en este mundo mi destino?

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Enero 22 de 1898.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO--HISTÓRICO--LITERARIO

(Continuación)

Roma entera ardia como una pira inmensa, y las llamas destructoras subian por las columnatas magníficas, los pórticos de granito, los arcos severos, los ámplios anfiteatros, las termas lujosas, los palacios artesonados, dignos de epicúreos y sibaritas; y las antorchas de Nerón penetraban en el hogar de los caballeros y plebeyos, de senadores y sacerdotes; y el humo densisimo y las jigantescas lenguas de fuego se alzaban furiosas hácia el cielo como serpientes multicolores, y el Aventino y el Capitolio y el Foro, en cuyas cimas sagradas Gracos y Catones, Césares y Scipiones, Cicerones y Tribunos, tirania y derecho, libertad y esclavitud, gloria y envilecimiento, fuerza bruta humana, habian combatido por tantos siglos por la salud de Roma y la civilización del mundo, caian en candentes ruinas bajo el poder fulminador de Nerón, el jénio satánico de aquella inmortal epopeya de horrores nefandos.

Y, entretanto, el incendio devoraba, calcinando tantas obras de arte, tantas bellas pinturas murales, tantos vasos etruscos y esculturas delicadas, tantas telas costosas, tantas púrpuras de Tiro, pieles de Siria, lino de Alejandria, sedas de Damasco; tan-

tas suntuosidades, bastantes para enriquecer por sí solas á diez Babilonias florecientes y entretanto que el pueblo y los patricios buscaban, aterrados, huyendo en loca carrera, asilo en los sepulcros marmóreos y en los monumentos sagrados, Nerón, magnífico de maldad, entusiasmado, vestido con el traje de comediante desde lo alto de la torre de Mecénas, cantaba con poderosa voz, acompañándose con la cítara griega, la toma de Troya; principiando por aquel verso: *que la tierra después de mi perezca por el fuego!* y por seis dias y siete noches representó el único verdadero papel de protagonista trájico en una escena terriblemente grandiosa, digna de tal mónstruo artista.

Más tarde, los bárbaros sorprendiendo al enervado emperador Teodosio el jóven; han saqueado é incendiado á Roma, vengando así los crímenes que ella debia al Orbe entero, pero no consigna la historia que el primer bárbaro que devastó á Roma fué Nerón, presa de un capricho artístico sin nombre. La historia, sin el consejo de la filosofía, es la abuela sempiterna terrífica á los nietos pequeños al adormecerlos sin darles la razón provechosa para la vida y el útil ejemplo que dejan para el hombre los hechos inmortales de la historia.

Un escritor realista moderno, exime en parte de responsabilidad moral á Nerón, por ser ese gran crímen producto de su fantasía de artista, pues el queria representar con verdad trájica, la toma, destrucción é incendio de la magnífica Troya, que Homero relata en sus versos esculturales.

Pero nada disculpa al criminal innato, á la fiera humana qne se goza en sepultar la ancha hoja del puñal en la garganta de la víctima inerme, y en ver saltar á chorros la sangre caliente de la herida; de la herida cuyos lábios quedan abiertos para siempre para gritar castigo y venganza.

Nerón incendiando á Roma por un capricho de artista no es Horacio Vernet, el célebre pintor de marinas y batallas, que yendo á bordo de un buque, cierta noche de tempestad horrible, entre los relámpagos sangrientas que latigueaban las nubes, haciéndolas llorar gruesas gotas de lluvia, se hace atar á lo alto de un mástil para que quedaran impresos en su retina asombrada los siniestros efectos de aquella noche tremenda que más tarde le costó la vida.

Nerón incendiario para reproducir la exactitud del arte por medios criminales, no es Meissonier que para pintar su famoso cuadro en el que vése á Napoleón derrotado, 1814, hizo construir á propósito una calle maestra con una gran pendiente; esperó algunos dias hasta que los copos de nieve la cubriesen y con una batería de artillería que prestóle un coronel su amigo la hizo atravesar por aquella calle y así la copió en su cuadro, llena de barro y nieve, surcada por las pesadas ruedas de los cañones. Como para llevar á cabo su cuadro, 1817, compró un campo de trigo casi madurado, haciéndolo devastar luego por un escuadrón de caballería que Meissonier seguia al galope para sorprender hasta los menores movimientos de corcéles y ginetes.

Nerón se asemeja, sobrepujándolo por cierto, á aquel actor famoso que para sorprender un grito tremendo y único en la agonía del asesinado, sepultó un puñal en el corazón del mejor de sus amigos, teniendo así para copiar la verdad trájica más exacta para el Arte.

Nerón fué juzgado por sus mismos coetáneos, y si traemos al tapete de la discusión su mayor ó menor responsabilidad, es para impugnar á la escuela realista que vé ó quiere ver un rasgo artístico donde solo hay una monstruosidad sin nombre. Y no se diga por esto que si en otra parte de este estudio histórico llamé á Nerón artista sublime, no sea consecuente con las premisas sentadas. El juicio está en pié, y sinó decidme, ¿acaso las luces fátuas que surjen de la podredumbre de los cementerios son menos luces que las que irradian los astros fulgurantes en el espacio? La piedra preciosa engastada en el mango del puñal asesino, es menos preciosa, por eso, que su hermana engastada en la corona de un santo en el altar? La rosa cuya semilla cargó en sus alas el viento y la dejó caer en hediondo estercolero y brotó lozana y dió bien olientes perfumes, es acaso menos rosa que la reina de los jardines cuidada en urna cristalina para que las inclemencias del tiempo ó de los hombres no la marchiten temprano?

FRANCISCO C. ARATTA.

(Continuará)

ANIBAL

(SONETOS INÉDITOS)

I

CANNAS

El astro en el zénit. Provocadora
La sien altiva de laurel ceñida:
El astro en el zénit y en plena vida
Tiene fugaz irradiación de aurora!

Lux in tennebris! Reina vencedora,
Roma imperial, hoy triste, envilecida;
Te mira el mundo de dolor transida
Y el mundo todo tu dolor deplora.

La hueste extraña cual enorme mancha
La llanura latina entenebrece
Ya casi cae—tétrica avalancha.

Sobre la gran ciudad:—la brega crece
Y brilla—allá á lo léjos—la revancha
Que el poder del gran pueblo aún no fenece!

II

ZAMA

¿Qué se hizo tu poder, jefe valiente?
¿Qué se hicieron tus lauros y trofeos?
¡Ya olvidaste tus bélicos arreos
Se enmoheció tu cota refulgente!

No á la Roma soberbia y esplendente
Podrán vencer—en lidia—tus pigmeos:
¡Vosotros sois de desacato reos,
Castigados seréis eternamente!

Símbolo egregio del poder romano
¡Oh Aníbal!: Hoy te reta en campo abierto,
Lanza en ristre Escipión el Africano;

Y Cartago ha de ser triste desierto
Por el que hizo sacrílega tu mano
Imperdonable y rudo desacierto.

JOSÉ C. MIXCO Y L.

San Salvador, Diciembre 9 de 1897.

RECUERDOS DE LA FIESTA

I

Las gaitas y los tamboriles alegraban el espacio con sus sonoras y descompasadas notas; descompasadas debido quizás á la influencia del alcohol en el organismo de ciertos gaiteros.

Alrededor de éstos, en alegre é infernal algarabia, bailaban multitud de parejas de hijas de la bella Galicia.

Más allá, á la sombra de algunos añosos eucaliptus, una familia saboreaba unos mates, mientras que el jugoso asado al asador esperaba su turno, sazonándose en el fuego, que avivaba, de cuando en cuando, el jefe de la familia, echándole algunas ramas secas.

Y diseminadas por todos lados, multitud de carpas, en las cuales ondeaban, agitadas por el manso céfiro, infinidad de banderas, con los colores que agitó, triunfantes, la brisa de la tarde del 22 de Julio de 1808, en los históricos campos de Baylén.

Pero lo que más llamó mi atención, entre aquel derroche de flores, de banderas y de juegos diversos, fué una morocha, de ojos negros como el azabache, de pelo aún más negro, de dientes, ¡oh!, déjame que os diga que no era ese el nombre, pues más que dientes, eran los suyos una hermosa hilera de preciosas perlas; su cuerpo lleno de infinidad de trastornadoras curvas, y cimbrador cual la rama del fragante jazmin agitada por leve y rítmico soplo, y sus palpitantes senos eran propios de una diosa.

¿Y qué decir de su pié? De su pié diré que era diminuto como podría serlo el de la Vénus de Milo, y que al posarlo en el suelo, al compás de alegre fandanguillo, ganas daban de volverse tierra para sentirse pisado por él.

No sé si su silueta estará en algo bosquejada, pero aunque así no sea, empezaré diciendo que no bien la ví, experimentó todo mi sér la conmoción que pudiera producirle el contacto de una pila eléctrica.

Mis ojos la envolvian con su mirar tan fijo, mientras que ella solamente de rato en rato, y como quien mira á un desventurado, me dirijía su encantadora y dulce mirada.

No por eso me desanimé sino que, por el contrario, continué con más fijeza dirijiendo mis ojos hácia ella, como podría dirijirlos hácia un sér sobrenatural.

Ella, sin duda conmovida, me miró con más detención y llegó con la vista hasta interrogarme sobre mi persistente mirada.

II

Acababa de bailarse una alegre muiñeira; me hallaba paseando, cuando ví cruzar delante de mí á la bella gallega,—pues seguro estoy de que Galicia la cobijó bajo su cielo y de que el Miño la meció en sus ondas.

Prévio su consentimiento, la seguí, y en un paraje algo retirado del «mundanal ruido», comencé á hablarla, á describirle mi amor, á decirle que sentia hácia ella una pasión arrebatadora, que me hallaba dispuesto á llevarla ante el altar, si ella aceptaba mi sincero y leal cariño; pero ella me rehusó en

pocas palabras, diciéndome que causas especiales le impedian corresponderme.

Sin embargo, yo continué mi amorosa declaración, ciego como estaba, embebido todo mi ser en la contemplación de la bella gallega. Articulaba un sinnúmero de palabras amorosas, de súplicas, de lamentos, para conseguir conmover en algo su corazón.

Llegué á decirle que la adoraba con el casto y puro amor con que Romeo amaba á su Julieta, con que Fausto adoraba á Margarita.

Le dije que estaba dispuesto á salvar cualquier obstáculo para conseguir su cariño, y que hasta me sentia capaz de robarla y huir, huir á lejanas playas en donde fuera el solo dueno de tan apreciada prenda; pero me cortó la hilación de mi ardiente declaratoria una mano (de gallego por lo pesada) aplicada por vigoroso brazo sobre mi mejilla, que dió por tierra con toda mi pobre humanidad.

III

Cuando *volvi en mi*, despues de limpiarme el polvo de la ropa, supe que la invisible mano que sobre mi mejilla se habia posado con tanta fiereza, era la de mi sastre, su marido.

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA.

Montevideo, Enero 22 de 1898.

ELLA

Como el perfume de la diamela
Que brisa leve lleva doquier;
Con ojos negros, cual la gacela,
Esa es la niña de mi querer.
Con voz suave, dulce, harmoniosa,
Y una mirada de serafin;
Con lábios finos, color de rosa,
Esa es mi amada, mi querubin.
¡Oh! si en mis dias de amor inquieto
Yo tus caricias pudiera ver
¡Cuántas canciones, siendo indicreto
Yo te ofreciera por tu querer.

LUIS CHIOZZA.

Montevideo, Enero 22 de 1898.

COMO NACIO UN POETA

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO ESPECIALMENTE PARA « VIDA MONTEVIDEANA »

(Conclusión)

Pero la mirada de ella, que siempre encontraba la suya y la apartaba apenas la tocaba, era siempre la misma mirada negra, misteriosa, inescrutable, como la de una mujer tan altaneramente consciente de su propio poderio, que ningún efecto visible de ella pudiera darle ni siquiera la más ligera complacencia de amor propio.

Una sola vez, al volverse al ruido de un coche dentro del cual la vió, le pareció—por la actitud con que volvió la cara á otra parte—que ella habia apartado de él vivamente la mirada y que sobre su perfil asomara la última llamarada de una expresión de curiosidad benigna. Pero, al volverla á ver otra vez, se convenció de que habia sido una ilusión.

Pasó otro año. En el invierno se enfermó gravemente. Estuvo á punto de morir.

No lo comunicó á su familia; pero, apenas curado, débil todavia, y muy pálido, partió á Alejandria para pasar la convalescencia entre los suyos.

Salió de noche en el tren directo de las siete, haciendo un sacrificio para tomar billete de primera clase y sentir asi menos las molestias peligrosas del viaje.

Estaba contento por haber encontrado un puesto en el rincón de un coche vacio, cuando en el momento de la partida subieron precipitadamente á su compartimento, una señora y dos caballeros, que apenas habian entrado, se asomaron á las portezuelas para alargar la mano á otros señores y señoras, que decian: ¡Adios!—¡Buen viaje! —¡Hasta la vuelta!--con el acento de quien saluda á viajeros para un pais lejano y por largo tiempo.

El tren ya se movia, los recién entrados ocuparon sus puestos, la señora se sentó frente á él, sus miradas se encontraron ... ¡ Era élla!

El corazón le dió un vuelco como si le rompiera el pecho y su vista se obscureció.

Pero los ojos de élla se desviaron al momento, y por las primeras palabras que cruzaron entre los tres, supo una noticia que le causó una sacudida más fuerte que la misma aparición.

Uno de los señores era el marido, conde y diputado; el otro, un antiguo amigo, que acompañaba á los esposos hasta Génova, donde debian embarcarse.

¿Embarcarse? ¿Para dónde? Poco aficionado á los diarios, como todos los poetas de veinte años, no sabia que el diputado conde habia sido nombrado ministro plenipotenciario para una ciudad de Oriente; nombramiento que habia promovido en la prensa una tempestad de censuras y polémicas.

Las primeras palabras de la conversación se lo revelaron.

¡E la partia! Pero la sensación profunda que le produjo esta noticia fué casi dominada por un momento por la del perfume sutilísimo, extraño, que ella exhalaba, y que lo embriagaba como si viniera de su carne y de su hàlito, y despues por el del sonido de su voz, que nunca habia oido, nuevo, profundo, casi sordo, misteriosamente fascinador como sus ojos.

Pero entre todas estas sensaciones era más fuerte todavia una ansiedad atormentadora, una vergüenza, casi un terror de la presencia de ella y de los otros, como si el estado de su ánimo y sus más intimos pensamientos debiesen aparecerlos evidentes á través de su frente y de su pecho, como una llama á través de un cristal.

Respirando apenas, sin atreverse á mirarla, permaneció asi, como hipnotizado, hasta la estación de Moncalieri, donde un empleado subió á inspeccionar los billetes.

Cuando al mirar el suyo, dijo con voz fuerte: Alejandria, le pareció que la señora, aún sin volverse, prestaba atención á ese nombre.

El tren continuó su marcha, se detuvo en Asti y volvió á partir.

Los dos señores hablaban de Oriente y de politica; ella miraba la campiña negra que huia, y parecia pensar.

Solo una vez, en el espacio de más de una hora, encontró él su mirada, pero fué un instante.

Sus ojos le parecieron más negros, más grandes y más terribles bajo aquella luz amarilla que le llovia sobre el rostro, de la lámpara central del wagon, cada vez más débil y trémula como si fuera á apagarse; y por un extraño juego de su propia fantasia ahora la veia alli, como era, casi en contacto suyo y la sangre le rebullia--ora le parecia verla léjos, en el extremo del tren, y casi velada por una niebla amarillenta--ora de nuevo muy cercana, pero separada de él como por un abismo profundo abierto bajo sus piés.

De pronto le sacudió la voz nasal del marido que exclamó :

—¡Pero aqui nos quedamos á obscuras!

Se dió cuenta entónces de que la luz se iba extinguiendo de veras, como le habia parecido.

En la estación de Felizzano, la última antes de Alejandria, el conde se asomó á la ventanilla para llamar al guarda-tren; se oyeron pasos, voces confusas, y después el grito de:

—¡Viajeros, al tren!

Y una voz lejana y clara:

—Se encenderán las luces en Alejandria!

El tren siguió adelante, mientras el conde, volviéndose á sentar, gruñia contra el servicio.

—¡Cómo ha de ser! dijo el otro senor, riendo—hagámos cuenta que pasamos un túnel de quince kilómetros!

Pero en aquel punto la llamita dió el último estremecimiento—el jóven vió todavia una vez relampaguear los ojos negros — y después, todo quedo en tinieblas.

Siguió un minuto de silencio, tras del cual los dos señores reanudaron su conversación.

Y el jóven, mudo, inmóvil, con las manos sobre las rodillas, como para ensimismarse y embotar en la propia mente aquel angustioso, intolerable pensamiento—el de que ella partia—concentró con un esfuerzo todos sus sentidos en la aspiración de aquel perfume misterioso que lo embriagaba, y que parecia hacerse más penetrante en la obscuridad, como si se acercase á él, lentamente, la persona adorada de que emanaba.

Pasaron algunos minutos....

Y entónces en aquella obscuridad sucedió una cosa maravillosa, increible, que le produjo el efecto de un trastorno de las leyes de la naturaleza.

Sobre su mano derecha que oprimia la rodilla, sintió posarse su mano. Si se le hubiese escapado de una boca el grito que por un momento se sintió subir de las entrañas, hubiera parecido á los otros tres el grito de un estático á quien aparece una visión celeste.

Pero inmediatamente temió que fuera una ilusión de los sentidos, el efecto de una perturbación improvisa de la razón, y se ob-

servó por un momento á sí mismo, interrogó á su mente, vacilando y conteniendo la respiración.

¡No! ¡No era una ilusión!

Un extremecimiento violento le corrió por todas las venas, y en el mismo punto se le produjo en la mente, una confusión, un tumulto de pensamientos, como un sonoro torbellino de llamas, que parecia le debiera hendir las paredes del cráneo.

¡No! ¡no era una ilusión!

La mano mórbida y lijera, continuaba posada sobre la suya, que permanecia como paralizada por aquel contacto.

Después toda su sangre se sublevó y le dominó una embriaguez repentina, como si hubiera tragado un sorbo de licor terrible, y en poco estuvo que no se arrojara de rodillas con los brazos abiertos.

Pero fué contenido casi por una fuerza no suya y sintió temor por aquel momentáneo delirio.

Nuevamente dudó que fuera una ilusión y obligó de nuevo á su pensamiento á examinarse á si mismo.

Pero la mano continuaba.... continuaba y oprimia ligeramente la suya, como en actitud de carícia y proteccíón y él sentia su morbidez, su calor y su vida.

Entónces penetró en su alma una infinita dulzura, los ojos se le humedecieron, su mente se aclaró y se sintió palpitar tan fuerte el corazón, que tuvo casi miedo de que se oyeran los latidos por encima del estrépito del tren.

Alentado un poco, volvió la mano hácia arriba, la estrechó y le pareció que un torrente de voluptuosidad le revolviera el alma y el cuerpo; aquella mano estaba en la suya

¿Pero era posible? ¿Era verdad? ¿Era él? ¿Era esa mano?

Un pensamiento súbito le traspasó el corazón; la opresión de aquella mano era un adios--un adios para siempre!

Y después lo asaltó otro pensamiento; era amor... ó compasión solamente, compasión de su amor, de su pobreza, de su rostro de enfermo, del dolor que ella adivinaba en él por su partida?

¡Oh! ¡No era, no podia ser más que compasión!

La presión cariñosa de aquella mano acariciadora que no dejaba penetrar los suyos entre los propios dedos, era el apretón de una amiga compasiva, era la voz de un sentimiento casi maternal, que le decía:--Tú me amas, y yo parto; ya no me verás más, pobre muchacho, nunca más en la vida. Pero yo me acordaré de ti alguna vez..... y te dejo como memoria esta dulzura.

Pues bien ¿qué importa? Tambien solo por la compasión sentia una gratitud inmensa, una ternura que le hacia subir los sollozos á la garganta.

Y hé aqui que mientras esto pensaba, aquellos deditos se abrieron y entraron entre los suyos. Y entónces un vértigo de amor se apoderó de él é inclinando el rostro y levantado un poco aquella mano, clavó encima los lábios temblorosos y la cubrió de besos mudos, abrasadores, desesperados, hasta que le faltó la respiración; pero después volvió á empezar y entre una y otra repetión, con la poca razón que le quedaba, se esforzó en recordar cuantos minutos habia entre Felizzano y Alejandria, cuantos minutos de aquel paraiso le quedaban todavia; pero aunque siempre los habia sabido, no consiguió recordarlos.

Le parecia estar en aquella obscuridad divina solo un minuto, le parecia estar hacia una hora, un tiempo incalculable, le parecia haber sido siempre feliz, afortunado, privilegiado por el cielo de aquel modo; y respiraba jadeante por la alegria se sentia grande, daba gracias á Dios, bendecia la vida...

En aquel punto hendió el aire un silbido agudo y largo.

¡Ah! fué para él lo que seria para un rico el anuncio de la ruina y para un monarca el del fin de su reinado: se le heló la sangre en el corazón.

En el mismo momento sintió que aquella mano se deshacia lentamente de la suya y se posaba otra vez, como antes, lijera, en actitud de carícia amistosa y casi de protección materna.

¡Si! ¡era compasión; nada más, nada más; pero compasión, amor ó amistad, aquella celeste dulzura iba á concluir.

A medida que el tren contenia su marcha, la mano, casi insensiblemente, se retiraba.

Cuando hirieron los vidrios de la ventanilla los primeros reflejos de las luces de la estación, ya no la sintió más.

Una tristeza mortal lo invadió. Buscó en la luz incierta, los ojos de ella; no los encontró.

Ella estaba ya en otro mundo. El sueño habia terminado. Aterrado por su despertar, agarró su balija y saltando al wagón antes que el tren estuviese inmóvil, le pareció como si se arrojara de una altura luminosa á una cima negra y horrible, en cuyo fondo se hubiera despedazado la cabeza.

Y en cambio, ascendia de la obscuridad á la gloria, porque todo Turin, un mes después, repetia la espléndida poesia que la presión de aquella mano le habia hecho brotar del fondo del alma, y su nombre sonaba en mil bocas, como una gloria de la ciudad.

EDMUNDO D'AMICIS.

Turin, Diciembre de 1.97.

PARA "VIDA MONTEVIDEANA"

(Continuación)

¿No ves? el que no necesitaba padre ni madre, siendo cómo es el padre del universo; el que no habia menester apoyo, porque es todopoderoso; el que no pedia lástima, porque es feliz, quiso tener madre, y la tuvo como el emblema de la ternura, como la santidad del cielo encarnada en el mundo. Iba á huir, y quiso tener quien le siguiese; iba á padecer, y no le estuvo por demás quien compartiese con él los tormentos: iba á morir crucificado, y convenia una mujer que le llorase. Si su madre hubiera muerto primero, el Salvador hubiera llorado por ella: la tuya ha muerto, llárala tú, que no faltas á la entereza ni á la filosofia.

Filosofia! ¿Consiste por ventura en el entorpecimiento del corazón? Al que ahoga su sensibilidad no le llamaré filósofo, más antes miserable cinico que, pensando engrandecerse con el estoicismo, se embarra el alma y se mueve como un feo escarabajo. Si algo vale el hombre es por las afecciones, por esas afecciones elevadas y profundas que guian á la virtud. Yo no creo que Satanás haya sido arcángel alguna vez, sino cuando lo veo llorar en el abismo; y esas lágrimas abrasadas que corren en silencio á lo largo de su rostro y le queman la barba, son quizás un titulo á la conmiseración de la Divinidad. El hombre que por filosofia permaneciese en perpétuo silencio, teniendo el uso de la palabra, seria un loco; el que en ningún caso llora, teniendo el uso de las lágrimas, es un ateo, no cree en la naturaleza, ni en el amor, ni en el dolor, en nada; y no crée en nada porque nada siente: su corazón es insonoro, su alma es turbia, su pecho un terruño improductivo. Este se llama filósofo? No; la filosofia del corazón, ésa, es la verdadera: esa filosofía es húmida, esa filosofia es fragante, esa filosofia es suave, porque anda empapada en llanto; y es tan harmoniosa, porque los suspiros vienen sonando en ella. Privar al género humano de su parte más noble, quitándole la sensibilidad, so pretexto de filosofia, es mutilar la obra de Dios. ¿Qué vale la inteligencia sin los afectos? Un hombre sin otra cosa que ingenio, yo lo hago con las manos, puesto que un autómata puede ser obra de cualquiera; una criatura sensible, tierna, de cuyo seno se desprendan el amor, la compasión, la generosidad, y salgan volando afuera como una bandada de ángeles, no puede ser sino habilidad de la Naturaleza, por obra y gracia de Dios. El llorar es como el hablar, necesidad de la especie humana: carecer del órgano de las lágrimas, es ser mudo, con ese mutismo desprovisto de poesia que nos aleja de lo santo y nos arrastra à la materia.

No llores! te he dicho por ventura? Al contrario, di rienda suel a á tu dolor, cuando al verme te tiraste de rodillas gimiendo desesperadamente. Sabias á qué iba yo; tu madre estaba en tu corazón, en tu memoria, á tus ojos, y sin pensar ni saber lo que hacias, te echaste por aquel suelo, como en presencia de un alto sacerdote: sacerdote, si; sacerdote de la desgracia; he recibido las órdenes, y ejerzo mi ministerio de compadecer, y aliviar si puedo; de bendecir las virtudes y anatematizar el crimen y los vicios. La expresión del dolor verdadero es ésa: el que quiere llorar santamente, llore de rodillas.

(Concluirá)

JUAN MONTALVO.

Caracas [Venezuela] Diciembre 3 de 1897.

Estab. Gráfico á vapor, Calle Convención-8.